

## **MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD: LA VISION DE ROBERTO FOLLARI\***

**Clara A. Jalif de Bertranou**

Deseo agradecer a Roberto Follari el solicitarme la presentación de su libro **Modernidad y Posmodernidad: una óptica desde América Latina**, pero fundamentalmente el haberme permitido leer con la mejor disposición esta obra que probablemente por los avatares cotidianos en estos últimos meses del '90, hubiera postergado o leído fragmentariamente.

La presentación de un libro, como ésta a la que asistimos, es una muestra *in situ* del proceso de circulación discursiva: nos hallamos el autor, la obra y el destinatario o su público. Es una escenificación de los fenómenos discursivos y en ese sentido creo que es para quienes participamos en este espacio, un privilegio.

---

\* **Roberto FOLLARI: Modernidad y postmodernidad: una óptica desde América Latina.** Serie Cuadernos, Bs. As. Rei Argentina S.A. Instituto de Estudios y Acción Social. Aique Grupo Ed., 1990, 176 p. Este libro fue presentado en la Facultad de ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, en noviembre de 1990.

No se trata de una obra descriptiva general. Recorrerla exige concentración y atención porque su autor ha utilizado la bibliografía relevante sobre el tema -cuya lectura no es sencilla-, y nos la devuelve en un orden que va configurando su propio ahí, constructor de conocimiento.

El trabajo está estructurado en cuatro momentos. El primero es extenso. De ciento setenta y seis páginas totales, ciento cinco están dedicadas al mismo. De por sí ya un pequeño y denso volumen. Su título es "Modernidad, posmodernidad, modernización, modernismo".

Hay una propuesta metodológica que atraviesa toda la obra: se parte de la hipótesis de la inserción de la conciencia en el ser social, de la 'inmanencia de la teoría a la Historia', tal como lo planteó la dialéctica marxiana.

Seis preguntas explicitadas sirven para introducir el tema de la posmodernidad y las respuestas aparecen en orden inmediato. La posmodernidad es una actitud que algunos tienen en un contexto epocal que le es su soporte. Toca por igual a campos especializados del saber y del arte como de la vida cotidiana. Es culminación de la modernidad que se niega críticamente a sí misma. No puede decirse que señale el fin de lo moderno, pero ciertamente, "cualquier nueva proyectualidad que recupere figuras de la modernidad" deberá tenerla en cuenta. De entre quienes la han abordado es preciso distinguir tres grupos: los que aceptan la existencia de una sociedad posmoderna; los que la defienden apologeticamente y aquellos que adoptan una actitud crítica o al menos expectante.

El texto nos pone luego frente a la distinción entre modernidad, modernización y modernismo.

Desde la perspectiva de Roberto Follari este último término -modernismo-, alude a quienes han exaltado la

modernidad. Es un movimiento plurívoco, pero unificado por la noción de vanguardia que se traduce en la permanente apelación a "lo nuevo".

La palabra modernización mienta un proceso para alcanzar los estadios más avanzados de la racionalización científico-tecnológica propios de la modernidad.

Por lo que a ésta se refiere -la modernidad- la palabra alude a una época que ha sido interpretada fundamentalmente de dos modos: por un lado como la etapa del maquinismo y la revolución industrial (Marshall Berman, Marx,...) y por otro, como el gran período iniciado en el siglo XVI, cuyos caracteres son de todos conocidos.

Para Roberto Follari, la modernidad incluye las notas de una y otra interpretación en el dilatado período que se extiende desde el siglo XVI hasta nuestros días, con sus expresiones de modernización, modernismo y posmodernidad.

Sin embargo, la modernidad ha generado en su proceso interno de desarrollo dos grandes reacciones: la teoría dialéctica -especialmente la de Marx- y las vanguardias, sin perjuicio de reconocer que la propia modernidad tuvo desde sus orígenes lo que Roberto Follari llama el "calco en negativo". Los nombres de Pascal, Spinoza, Dostoievski y Nietzsche son ilustrativos al respecto.

La tesis de que "el marxismo es un pensamiento decididamente moderno que incluso en algunos aspectos llega a maximizar rasgos propios de la modernidad, aún cuando su proyecto es distinto del de la razón instrumental medio/fines", signa las palabras demostrativas que se suceden.

Las razones por las cuales Roberto Follari sitúa a Marx en la modernidad son las siguientes:

1. "...pretende que el movimiento de exposición de la investigación es idéntico al de lo real investigado", con lo cual deja fuera lo no conceptualizable. El resto o la excedencia, explica Follari, está postulado pero no asumido, con lo cual se supone que la teoría y lo real son conmensurables.

2. La noción de totalidad, para Roberto Follari, heurísticamente imprescindible en orden a reflexionar sobre lo social, es asimismo problemática, por cuanto puede conducir a pensar en las posibilidades del conocimiento, creer que se conoce la totalidad y además, pensar que lo real mismo en toda su amplitud es manejable.

3. Igualmente, la lectura de Marx puede dar lugar a un teleologismo por el que el rumbo de la humanidad hacia estadios de superación estaría garantizado.

Resumiendo, Roberto Follari nos dice que hay en Marx una idea de avance de la historia, de progreso y superación, más fuerte que la del racionalismo positivizante. A la postre, también la historicidad resulta un modo de encubrir el acontecimiento remitiéndolo a la promesa de un futuro que pudo desdibujar el presente.

Hay en la obra más observaciones sobre Marx y el marxismo que sería largo recordar, sin embargo resulta dable destacar un aspecto que Roberto Follari recupera oportunamente. El mismo está referido a la relación conflictiva del marxismo con las vanguardias estéticas. El marxismo, inmerso en una lógica de la acumulación de las fuerzas productivas y políticas, no pudo aceptar las expresiones de vanguardias, disyuntoras del "orden" y la "organización", al menos en el terreno del arte. Y ello aún teniendo en cuenta que las vanguardias se mueven también desde la modernidad. El anhelo del cambio y lo diferente es sustentado

igualmente en este caso desde una concepción lineal del tiempo como progreso.

Hoy la posmodernidad, que nunca se propuso a sí misma ser vanguardia, ha disuelto la modernidad y también las manifestaciones de vanguardia. Aunque en la liquación de la razón moderna cabe quizá el primer lugar a la Escuela de Frankfurt en cuanto modernidad objetivándose a sí misma, pues ha sido juez y parte de la misma si tenemos en cuenta que sus representantes (Marcuse, Horkheimer, Adorno, Fromm y aún Habermas) han realizado la crítica de la razón instrumental y ordenadora pero al mismo tiempo se sirven de las nociones de historicidad, teleología, naturaleza alienada, etc.

La rebelión estudiantil parisina del '68, la crisis del Oriente Medio y su impacto en la cuestión del petróleo, entre otros acontecimientos históricos, signan el surgimiento de autores que pueden ser denominados posestructuralistas sin haber aceptado nunca el estructuralismo. Frente al andamiaje conceptual de éste, Roberto Follari plantea la tesis de que "el posestructuralismo reasumió en filosofía lo que las vanguardias habían planteado mucho antes en el campo estético, tanto en los contenidos conceptuales como en lo referido a la "función" cumplida ante la lógica de lo racional/instrumental".

Si el estructuralismo había reducido toda diferencia a una forma de unidad última -la misma estructura- había privilegiado lo sincrónico por lo diacrónico y la explicación causal-objetiva sin sujetos con las consecuencias epistemológicas del caso, ahora, con el posestructuralismo, la crítica de la modernidad es clara, como también la reivindicación del goce y el juego, junto a la desestructuración del Logos. Nuestro autor realiza un análisis detallado de los poestructuralistas (Lacan, Derrida,

Barthes y Deleuze) a quienes ubica como una instancia más en la consumación de la modernidad. Estos y la Escuela de Frankfurt representan la transición de los años '60 y '70 hacia la posmodernidad y el antihistoricismo del que hicieron gala derivó en la 'incomprensión' de lo histórico".

Mucho se ha hablado y se habla de la crisis de la razón. Naturalmente que se lo hace desde el postulado de una cierta razón sin salirse de la racionalidad. De lo que se trata es de la crisis de una idea de razón, aquella que la pretendía autofundada, suficiente, universal, con criterios de decibilidad prácticamente definitivos, en fin, fiel lectura de la esencia del mundo, en la suposición de que existe algo así como una esencia. Tal razón es la que se ha quebrado. Quienes han hablado del tema no son sólo apocalípticos como Deleuze o Derrida, sino también del campo de las ciencias sociales e incluso del marxismo. Hay un "desfondamiento" de certidumbres supuestas.

¿Cuál es la ubicación de este fenómeno en relación con el de la posmodernidad?

En cuanto a su efecto actual, ambos fenómenos se superponen en una buena parte. La posmodernidad es crisis de la razón, pero es también crisis de las modalidades de cotidianidad previas y también de las utopías.

En este sentido, el fenómeno de crisis de la racionalidad es en el momento actual, menos abarcativo que el de la posmodernidad. Sería una parte de éste aunque sus consecuencias no son siempre convergentes. A la vez, la crisis de la racionalidad proviene de mucho antes que el fenómeno posmoderno. Abarca la "negación moderna de lo moderno", las vanguardias, las filosofías de lo "irracional", el posestructuralismo, la crisis de la epistemología. En realidad

reconoce su origen en la contradicción inherente a la modernidad misma.

Por otro lado, la filosofía de la ciencia anglosajona ha significado una ruptura con el logicismo. El Círculo de Viena, caracterizado en breves pero ajustadas palabras por Roberto Follari, entró en crisis desde los años '60. La crisis venía precedida por los trabajos de Wittgenstein y Popper. Para el primero el lenguaje ya no sería reflejo del mundo, ni siquiera referencia a éste, sino significación en el campo de un juego determinado, asociado a "formas de vida" particulares. El segundo rompió la idea del gradual crecimiento cognoscitivo de la ciencia y la de las teorías como pasibles de ser verdaderas. Por otra parte, la crítica de la inducción permitió asentar que es imposible un conocimiento que no incluya presupuestos teóricos. Esto abrió la puerta a la diferencialidad de las apreciaciones que se dan de lo empírico según las teorías a las que se adscriba. Popper resolvió el problema apelando al acuerdo convencional entre teorías. Gráficamente dice Roberto Follari: "se había roto el muro de la certidumbre".

Francia, dentro de otra tradición conceptual, proponía también a la razón y no a la experiencia, como el principio fundamental de la construcción científica.

Con Kuhn la filosofía de la ciencia deja de ser normativa para ser simplemente explicativa. Dar "un lugar a la historia" y afirmar que la ciencia es simplemente aquello que aceptan como tal los hombres de ciencia en condiciones determinadas (a través de los paradigmas) fue revolucionar la problemática. La ciencia ya no sería entendida como acumulativa.

Después de Kuhn hallamos otros desarrollos (Feyerabend, aperturas hacia la hermenéutica, etc.) hasta las

actuales reacciones para hallar un referente permanente y con ello un conocimiento objetivo. El mismo Kuhn incurSIONa en la cuestión del lenguaje y Holton lo hace desde la noción de **thémata**. Habría algunas constantes interparadigmáticas que son siempre retematizadas en el universo semántico de cada paradigma.

Así las cosas y como en todo buen trabajo, Roberto Follari expresa su conclusión: "Estamos lejos de postular la anulación de las diferencias en una imaginaria unidad, pero también de establecer un agónico espacio de lenguajes absolutamente ajenos".

El texto nos entrega luego la reflexión sobre lo posmoderno y la óptica desde América Latina.

El posmodernismo implica abandono de la proyectualidad, o imposibilidad de su pensamiento, asumido esto como dato social objetivo; ausencia de cualquier 'totalidad' como horizonte de significación social o política; una estética que no 'rompe' con lo dado; un centramiento en el mundo 'próximo' al sujeto. Al mismo tiempo hay que señalar la existencia de aspectos que el autor comparte, ellos son: reasunción de la experiencia inmediata del sujeto; recuperación de lo corpóreo; toma de posición en los problemas más directos de la comunidad a que se pertenece y eliminación de los teleologismos, entre otros aspectos.

Para la situación de América Latina, piensa Roberto Follari, que ya no puede haber hoy una reivindicación ingenua de la modernidad sin tener en cuenta la aproximación posmoderna; pero que a la vez ésta es impotente para pensarse a sí misma con sus propios parámetros...y su prescindencia total de la modernidad tenderá probablemente a una posterior reabsorción de ella en nuevos términos.



La posmodernidad implica asumir una actitud que Lipovetski ha llamado **cool**: se desarma la disciplina, pero a la vez la crítica, que ya no encuentra dónde hacer impacto; la negación cultural no sólo es impotente ahora, sino también innecesaria. Ya no escandaliza hablar de diferencia, el sistema lo soporta; el territorio de la tolerancia es impuesto y la dominación social se mantiene sin necesidad de la cultura de la represión.

Sin dramas aparentes, el mundo tecnocrático consumado 'absorbió' a su polo negativo-dialéctico, lo incluyó en sí, lo pasó de la negatividad a la realización, sin necesidad de revolución ni ruptura, y por tanto lo apaciguó.

Para Roberto Follari hoy se hace necesario revalorizar la experiencia de esa negación "irracionalista" de la modernidad que fue el existencialismo. La opción posmoderna, "sosiego de quien ya no cree en absoluto alguno", ha abandonado el intento de buscar caminos alternativos como también la posibilidad de encontrar significado. "Ni futuridad -dice el texto-, ni grandes verdades; ya no hay relatos maestros, de manera que la sociedad ha perdido los cauces de identificación proyectual que la caracterizaban por lo menos hasta la década del '60".

Con todo, "de la cultura viva posmoderna, y más aún de las teorías sobre lo posmoderno, cabe recuperar no pocas cosas que la modernidad no atendió: corporeidad, instante, límites del Logos, no universalización de normas, micropolítica, valoración de lo estético y expresivo, rechazo a los desbordes del militantismo y la razón, tolerancia, admisión de la multiplicidad, desmitificación de los principios y del rol de la ciencia y la técnica (...) ya no volverá a pensarse (ni a vivirse) como antes, y sin duda no hemos 'avanzado' ni 'retrocedido'. Hemos accedido a un campo nuevo".

El trabajo de Roberto Follari no es una epifanía de estados virginales. Ha sido gestado lenta y pacientemente aunque sin pausa, pues viene precedido de escritos que perfilan esta exitosa culminación. Con lo dicho no queremos señalar un trabajo amorosamente continuista que habría realizado el autor, sino de crecimiento que está hecho también de cambios y momentos nuevos del pensamiento, en confrontación incluso con su propio **tempo**. Esto es lo que acontece con la segunda parte de la obra cuyo título es "Recomposición de lo interdisciplinario por la posmodernidad".

Se trata aquí, como su autor lo ha propuesto, de una lectura renovada del tema de la interdisciplinariedad después de una década, teniendo en cuenta las reflexiones de la posmodernidad en su libro **Interdisciplinariedad** (México, 1982).

Las tesis que en esa oportunidad sostuvo Roberto Follari y que pueden leerse en la edición de esa obra previa son:

1. La interdisciplina es una respuesta del Estado, en el capitalismo avanzado, a las críticas estudiantiles de fines de la década del '60.

2. Piaget es el máximo exponente de esa respuesta.

3. La versión crítico-negativa del problema ha ligado la noción de interdisciplina con la de 'totalidad dialéctica' con resultados no muy diferentes a los de la versión positiva.

4. La interdisciplina es diferente de otros modos de relación entre ciencias. Se trata de una relación orgánica entre disciplinas diferentes, de manera de producir modelos, leyes, categorías, etc., que no estaban dadas previamente en las disciplinas componentes.

5. La interdisciplina no reemplaza el trabajo disciplinar, sino que lo supone.

6. Es cara y no da resultados a priori.

7. El tema de lo interdisciplinar resulta ideológico, cumple función de legitimación de lo establecido.

Hasta el momento de la formulación de dichas tesis no había aparecido el problema de la posmodernidad y Roberto Follari se refería a lo ideológico del rol de la interdisciplina en el capitalismo, crítica que hoy reconoce dentro del horizonte de la modernidad.

A la luz de los años transcurridos, la interdisciplina aparece como un discurso que readjudica a la ciencia algunos rasgos cuestionados. Mas con el surgimiento de lo posmoderno Roberto Follari se pregunta por su influencia sobre lo interdisciplinar después del análisis de los autores que han tratado el tema de la interdisciplina. Así fue como se ha pasado, nos dice, primero de la apología o del apoyo indiscriminado a la reserva, la crítica, la oposición y, por supuesto, al acuerdo bajo nuevos ropajes teóricos; y, segundo, que ese acuerdo ya no aparece bajo la égida de la formalidad epistemológica generalizante. Se habla de homologías, modelos comunes, instrumentos compartidos. Pero el ideal de la unidad de la ciencia se ha disuelto. Hay un nuevo 'tono' en la fundamentación que se ha deslizado hacia una mayor levedad. No se supone que la interdisciplina sea una necesidad de las cosas, o una tendencia global del conocimiento a escala mundial.

La tercera parte de la obra, "La cuestión moderno/posmoderno en América Latina", traslada el tema a Latinoamérica porque estima que en cierto nivel es válida la oposición Latinoamérica vs. países centrales. Y dentro de Latinoamérica el caso argentino tiene modalidades propias:

una cultura derivada de una mayor inmigración y una composición de clases distinta.

Despeja primero el autor algunas objeciones que no comparte y que se han efectuado sobre la posmodernidad con relación a América Latina:

1. Que lo posmoderno sea ajeno a nuestra idiosincracia, como si la identidad fuera supraempírica y atemporal.

2. Que la posmodernidad sea identificable enteramente con cualquier oposición al pensamiento racionalista occidental.

3. Que lo posmoderno sea un encubrimiento ideológico de ~~los graves problemas~~ del subcontinente para desviar la atención de graves problemas, como ha objetado José Pablo Feinmann.

4. Que lo posmoderno sería necesariamente 'conservador'.

5. Que la modernidad no está concluida (obvio en América Latina) y que la posmodernidad es deleznable.

Advierte Roberto Follari que en los diversos casos se categoriza de modo diferente lo posmoderno. Las dos primeras objeciones consideran la cultura posmoderna como un todo -dentro del occidente avanzado- y en los casos restantes se discute con un movimiento intelectual y artístico solamente, sin atender a sus raíces extrateóricas, además creen que impugnando un pensamiento se lo suprime.

Lo posmoderno nunca podría darse en estado puro en América Latina porque no nos tocan las situaciones sociales que lo han originado. Sin embargo, participamos de algunos aspectos comunes con los países centrales: grandes ciudades impersonales con contaminación ambiental, informatización, comunicaciones satelitales, medios electrónicos. Estamos

afectados por fenómenos que han producido el efecto posmoderno.

Además, nuestras sociedades han llegado a tener la influencia de la cultura posmoderna como modo de vida y también como estilo artístico y posición teórica en ciencias sociales y filosofía.

América Latina está lejos del exceso del consumo y tampoco pudo llevar a cabo el espíritu crítico-revolucionario (cegado violentamente) y sin embargo, la desesperanza frente al modelo moderno, tanto en su vertiente proyectual/funcional como en la revolucionaria, es hoy evidente. Se ha producido un 'efecto' similar al del mundo cool del capitalismo avanzado.

Por éstas causas y otras que enumera, entiende que no somos ajenos a la posmodernidad en América Latina.

En cuanto a la modernidad se pregunta ¿somos o no modernos? La modernidad latinoamericana ha sido **sui generis**. Se trata de una modernidad "inconclusa y heterogénea". La revolución burguesa aún no se ha realizado en algunos países. Por otro lado, conviven en nuestras sociedades "bolsones reaccionarios" con un pensamiento "totalitario y fundamentalista".

Roberto Follari concluye estos párrafos diciendo que Latinoamérica no sería lo 'otro' absoluto de los países centrales. Tal supuesta otredad incluye la idea de que estos países se encuentran 'fuera' de la influencia dominante del capitalismo occidental y el romanticismo de la no contaminación pensada como 'atraso'. Más bien habría que interpretar en términos de modos diferentes de la modernidad, y en el latinoamericano como diferente del europeo, en el sentido de incluir 'restos' que salen fuera del esquema weberiano de la racionalización.

Cuando se ha hablado o se habla de modernización, el tema en América Latina ha estado referido al cumplimiento de la 'última etapa' de la modernidad y la secularización y tecnologización que le serían inherentes, según la idea de que hay 'una' modernidad, reivindicada como fuente de superación en lo económico y cultural.

Los argumentos mayores sobre la modernización han cargado el acento en explicaciones económicas, pero también políticas, bajo el supuesto de que la modernización se haría en beneficio de la 'libertad', como si ambas fuesen unitarias y continuas.

La discusión sobre el tema halló entre nosotros su forma más acabada dentro del plano político pero la respuesta contraria fue inmediata en un marco de debate poco sustantivo que no alcanzó aspectos teóricos relevantes.

En este plano Roberto Follari se formula dos preguntas: 1. ¿Es cierto que la modernización produciría los efectos de estabilidad institucional que se le asignan? 2. Si así fuera ¿es posible tender a ella en nuestros países?

Acuerda el autor con la tesis de que la modernización colabora con una mayor estabilidad del sistema democrático. No es la heterogeneidad cultural lo que nos habría hecho más proclives a la inestabilidad (tesis de Brunner), sino la apelación a lo Uno como sutura imaginaria y simbólica en el que todas las diferencias son anuladas.

La modernización tendería a producir un reconocimiento de la heterogeneidad silenciada por la ideología pre-moderna y también a reconducir las potencialidades de la heterogeneidad a las posibilidades de regulación del sistema político democrático. Y aunque resulte un discurso apaciguador de las contradicciones, la 'racionalización' ha

sido un aporte importante para pensar la cuestión de la democracia en nuestros países.

En cuanto a la segunda pregunta, los intentos de respuesta se hallan ya en el pasado. Es evidente que no hay una adecuación lineal entre el racionalismo subyacente a la idea de modernización y nuestras sociedades.

A la vez, los modelos diferentes de cultura no implican una no-racionalidad, sino modos diversos de concebir a ésta, sus fines y los medios. No se trata de hacer a las sociedades latinoamericanas al estilo europeo, sino de colaborar para que puedan funcionar dentro del sistema democrático.

En este sentido, la modernización no debe entendiérsela en términos de un 'modelo' cerrado y universal.

Contra detractores y defensores de la modernización, Roberto Follari estima que las contradicciones sociales, la dependencia estructural, los enfrentamientos de clase siguen existiendo y deben ser recogidos y tematizados, del mismo modo que el avance tecnológico y las mediaciones institucionales de resolución de conflictos.

Habrá que intentar una síntesis que supere las unilateralidades revolucionarias de los '70 sin reemplazarlas por las funcionalistas de los '80.

Finalmente, en el último y más breve capítulo -"Interdisciplina en campos operativos: el caso de la Argentina"-, Follari sale al ámbito de textos sobre la aplicación de la interdisciplina a zonas específicas de actividad para comprobar su tesis: las propuestas sobre o de interdisciplina en el país adquieren peso a partir de 1983, asociadas a la noción de 'modernización' en su versión proyectual-institucional o en la 'crítica' de orden político clásico.

De lo posmoderno no ha encontrado huellas, ni en las

prácticas ni en las aproximaciones conceptuales. También se verifican intentos 'antimodernizadores' con un sentido de lo popular opuesto a la modernización entendida con exógena y elitista.

El estudio abarcó tres áreas fundamentales: salud, educación y ecodesarrollo, pero los pormenores del análisis los dejamos para el lector y el autor en el diálogo que ahora se abrirá.

En suma y a modo de conclusión, no hay en la obra una puerta cancel. El texto ha sido meticulosamente estructurado y su erudición abre el camino para el propio autor del mismo modo que para el lector. Recorrerlo permitirá la constatación de la riqueza teórica contenida en la reflexión que no adscribe ni propone un sistema -algo tan lejano al autor-, sino un camino explicativo de lo que se ha venido pensado en las últimas décadas sugerido por el mismo acontecer histórico en el cual estamos inmersos.

Nos hubiera agradado hallar en la obra un índice de nombres que no daría una idea casi instantánea de todos los autores revisados, que son sin duda abundantes.

El libro contiene tesis originales y un tipo de enfoque adecuado tanto al especialista como al estudiante avanzado. La estructuración es apropiada, la selección de los pensadores esmerada y el criterio amplio. Por lo demás, hemos sido afortunados al recibir una edición bien cuidada y de fluida exposición. Si por momentos necesitamos dosis de intervalos no es por el estilo sino por la enjundia de los temas. Esto hace de Roberto Follari un estudioso lúcido que no puede ser aceptado sin más. He aquí el valor de su pensamiento. Quien lo medite estará en camino de entenderse a sí mismo y por qué atiende a lo que ve y deja de ver lo demás.